

LA INDUSTRIA DE LA PESCA

La terrible catástrofe ocurrida en aguas de San Sebastian, que ha costado la vida á nueve infelices pescadores de aquel puerto, da caracteres de tristísima actualidad á una cuestión que muchas veces ha sido debatida en la prensa, pero que todavía no ha llegado á depurarse por completo, ni mucho menos á conquistar para ello el acuerdo unánime de la gente de mar.

Nos referimos á la precisión que existe de introducir una reforma, completa, radical, en los métodos hasta ahora empleados generalmente para la pesca, de modo que se llegue á garantir en cuanto esto sea posible, pero desde luego en mayor escala que en la actualidad, las vidas y haciendas de los bravos y laboriosos marinos que á aquella ruda faena se dedican.

No bastan hoy para poner á cubierto á esos infelices de los incensantes peligros que constantemente les rodean, según está demostrando una dolorosa experiencia, la observancia, no siempre tan escrupulosa como debiera ser, de los reglamentos y prescripciones á que ha de sujetarse la penosa industria de la pesca. Existen ordenanzas que determinan la clase, dimensiones y demás circunstancias que han de reunir las embarcaciones á ese tráfico dedicadas; número de tripulantes que han de llevar á bordo, máximo de distancia á que pueden separarse de la costa, etc., etc., pero estas reglas de previsión y de humanidad, no son suficientes, como decimos, aun bien observadas, para disminuir la enorme proporción de los desastres que todos los años hay que lamentar, ni para nivelar siquiera los accidentes de que son víctimas los pescadores, con el número—no escaso tampoco—de aquellos á que se hallan sujetos los obreros de tierra firme.

Y esto consiste, en opinión nuestra y aun en la de muchas perso-

nas más competentes que nosotros en asuntos marítimos, en que no hay previsión posible contra un peligro que radica principalmente en la base del sistema empleado para la pesca. Una frágil lancha, sin más defensa que su vela y sus remos, hállase constantemente, por peritos que sean los que la manejen y dirijan, á merced de los elementos y expuesta á una de esas brutales é impensadas acometidas de la naturaleza.

¿Qué ha sucedido ahora en San Sebastian, con la lancha del desgraciado Carril?

Nada presagiaba, al salir del puerto, lo que iba á ocurrir. El mar estaba tranquilo, como una fiera traidora, que acecha en el silencio su presa, y el viento apenas si rizaba la superficie de las aguas; pero cuando la embarcación se hallaba á algunas millas de la costa, bastó una bocanada más fuerte, para volver aquella, y sumergir y dejar sin vida á nueve de los trece hombres que la tripulaban. ¿Quién iba á adivinar, por experto que fuese en observaciones marítimas ni astronómicas, que en circunstancias tales como las que acompañaron á la salida de esa y otras muchas lanchas del puerto, pudiera ocurrir ese desastre, ó por lo menos, las terribles consecuencias que ha revestido?

Ahi se estrellan las ordenanzas y reglamentos dictados para la pesca, sin que quede otro recurso, si ha de disminuirse el número de estas catástrofes, que el ir sustituyendo las embarcaciones á remo empleadas en esa industria, por las de vapor, cuya seguridad y resistencia constituyen una mayor garantía de vida para sus tripulantes.

Bien sabemos que la clase pescadora, por tradición y por interés, es tenazmente opuesta á este sistema de explotación de su industria y que ve en las escuadrillas de vapores pesqueros un enemigo implacable de sus escasos beneficios, porque no todos los que pueden patronear una lancha se hallan en condiciones de disponer de un vaporcillo, ni los que ahora hallan fácil colocación en la primera, abrigan la seguridad de encontrar igualmente su sustento y el de sus familias en el segundo.

¿Pero no pudiera vencerse esa resistencia y allanar esas dificultades y sobre todo, no se debería intentar siquiera, cuando median en el asunto las vidas de muchos hombres y la tranquilidad y el sustento de muchas familias?

La asociación, en toda clase de empresas mercantiles é industriales, honrada é inteligentemente conducida, suele dar muy buenos fru-

tos, y en esta de que se trata, no creemos que pudiera ser de peores resultados que en las demás.

El más pobre pescador, tiene en su honradez y en su laboriosidad la base y el estímulo, para buscar con seguridades de éxito el apoyo de su compañero, honrado y laborioso también é igualmente necesitado de auxilio. Asíense, pues, los pescadores, y unan, para constituir un fondo común, los escasos recursos de que disponen para explotar en pequeña escala y á costa de muchos peligros su industria; ayúdenles las cofradías de mareantes; ábranles crédito, si es necesario, las corporaciones populares de sus respectivas localidades, y es bien seguro que por este medio, el actual sistema de pesca habrá de transformarse en forma tal, que empleándose por lo ménos los mismos brazos que al presente se dedican á esa faena, se aumentarán los productos, con la doble é inapreciable ventaja de haberse disminuido los riesgos.

Estos consejos damos á los pescadores de nuestra costa, porque estamos seguros que de ser atendidos, no tendríamos que lamentar con tanta frecuencia catástrofes como la de San Sebastian, que tantos hombres útiles y vigorosos arrebatan del trabajo y tantas viudas y tantos huérfanos dejan en la orfandad y en la miseria.

(El Porvenir Vascongado)

